

15 de septiembre

LOS SIETE DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

LOS SIETE DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Se puede decir que, desde el principio del cristianismo, la espada que atravesó el alma de María - según las palabras de Simeón (Lc. 2,35)- ha provocado compasión tierna de los buenos cristianos. Y es que, al recordar la pasión del Redentor, los hijos de la Iglesia no podían menos de asociar al dolor del Hijo de Dios los sufrimientos de su benditísima Madre.

Parece como si el *Stabat Mater* del devoto franciscano Jacopone de Todi († 1306) hubiera resonado desde los albores de la cristiandad en el corazón de los fieles. De esta bellísima secuencia, que se recita en, la misa de esta festividad, escribió Federico Ozanam: "La liturgia católica nada tiene tan patético como estos lamentos tristes, cuyas estrofas caen como lágrimas, tan dulces, que en ellos se descubre un dolor divino consolado por los ángeles; tan sencillos en su latín popular, que las mujeres y los niños comprenden la mitad por las palabras y la otra mitad por el canto y el corazón". Y, ¿por qué no pensar que lo que se hizo estrofa y versos en la fervorosa Edad Media, no estaba ya latente, desde que murió Jesús, en la ternura compasiva de los amantes hijos de la Virgen!

Los Padres de la Iglesia demuestran, efectivamente, que no pasó desapercibido el dolor de María. San Efrén (en su *Lamentación de María*), San Agustín, San Antonio, San Bernardo y otros cantan piadosamente los padecimientos de la Madre de Dios. Y, ya en el siglo V, vemos cómo el papa Sixto III (432-440), al restaurar la basílica Liberiana, la consagra a los mártires y a su Reina. según lo indica un mosaico de dicha iglesia, en el que celebra a María como "*Regina Martyrum*".

Con todo, hay que admitir que la devoción —más concreta— a los Dolores de María fue extendida especialmente por los servitas, Orden fundada por siete patricios de Florencia (su fiesta se celebra el 12 de febrero bajo el título de "Los siete Santos Fundadores") a mediados del siglo XIII. La historia nos cuenta cómo, en los duros tiempos de Federico II, se reunían estos piadosos varones para sus actos religiosos en la ciudad de Florencia, y cómo poco a poco fue surgiendo la Orden de los Siervos de la Virgen o Servitas, cuyo principal cometido era el meditar en la pasión de Cristo y en los dolores de su Madre. San Felipe Benicio († 1285; su fiesta se celebra el 23 de agosto), superior general de dicha Orden, fue uno de los más destacados propagadores de esta devoción, popularizando por todas partes el "hábito de la Dolorosa" y su escapulario.

En el siglo XVII se dio principio a la celebración litúrgica de dos fiestas dedicadas a los Siete Dolores, una el viernes después del Domingo de Pasión, llamado Viernes de Dolores, y otra el tercer domingo de septiembre. La primera fue extendida a toda la Iglesia, en 1472, por el papa Benedicto XIII; y la segunda en 1814, por Pío VII, en memoria de la cautividad sufrida por él en tiempos de Napoleón. Esta segunda fiesta se fijó definitivamente para el 15 de septiembre.

De la raigambre de la devoción a la Virgen Dolorosa entre el pueblo cristiano —singularmente los fieles de estirpe hispánica— es un índice la frecuente utilización del nombre Dolores en la onomástica femenina así como la profusión de las representaciones de la Dolorosa en el arte y la repetición del tema en la poesía popular —saetas— y en la literatura, en general.

La fiesta de este día hace alusión a siete dolores de la Virgen, sin especificar cuáles fueron éstos. Lo del número no tiene importancia y manifiesta una influencia bíblica, ya que en la Sagrada Escritura es frecuente el uso del número siete para significar la indeterminación y, con más frecuencia tal vez, la universalidad. Según esto, conmemorar los Siete Dolores de la Virgen equivaldría a celebrar todo el inmenso dolor de la Madre de Dios a través de su vida terrena. De todos modos, la piedad cristiana suele referir los dolores de la Virgen a los siete hechos siguientes: 1º la profecía de Simeón; 2º la huida a Egipto; 3º la pérdida de Jesús en Jerusalén, a los 12 años; 4º el encuentro de María con su Hijo en la calle de la Amargura; 5º la agonía y la muerte de Jesús en la cruz; 6º el descendimiento de la cruz; y 7º la sepultura del cuerpo del Señor y la soledad de la Virgen.

Sin duda que la piedad cristiana ha sabido acertar al resumir en esos siete hechos-clave los momentos más agudos del dolor de María. Porque, ¿no es cierto que son como hitos que señalan la trayectoria ascendente de los insondables sufrimientos de la Madre de Dios? En efecto, si las enigmáticas palabras de Simeón (He aquí que éste está destinado para caída y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu misma alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones (Lc. 2, 34-35), tuvieron que entristecer el semblante de María, ¿que no habremos de pensar que ocurriría en la huida a Egipto, ¡Su hijo, tan tierno, arrojado por el vendaval del odio a tierras lejanas! Y, en cuanto a la pérdida de Jesús en Jerusalén, a los doce años, ¿quien es capaz de profundizar en el abismo de incertidumbre y en la agonía de una Madre privada de su Hijo?

Pero donde los dolores de la Virgen rebasaron toda medida fue en el drama del Calvario y, especialmente, al pie de la Cruz. Detengámonos en su contemplación con el alma transida de compasión amorosa, como hacían los santos.

Entre los personajes que asistieron de cerca a la tragedia del Gólgota destaca la figura de la Virgen. De su presencia en el Calvario nos habla San Juan en su Evangelio con palabras sencillas pero impregnadas de un intenso dramatismo: Estaban en pie —dice— junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena... Podemos representarnos la escena sin necesidad de hacer grandes esfuerzos de imaginación: Jesús acaba de recorrer las calles de Jerusalén con su cruz a cuestas. Durante el lúgubre desfile, el populacho le ha injuriado y escarnecido o, cuando menos, ha contemplado su paso con estupor y desconcierto. Porque, ¿no era Aquél el que hacía unos días había entrado en la ciudad santa en medio de aclamaciones? ¿No tendrían razón los escribas y fariseos al decir que era un vulgar impostor y un blasfemo?

Jesús, según asegura la tradición, se encontró con su Madre bendita en la calle que el pueblo cristiano llamó "de la amargura". ¿Qué se dirían con la mirada el Hijo y la Madre? Tal vez sólo las madres que tienen la inmensa desdicha de asistir a sus hijos antes de ser ajusticiados pueden sospechar algo de lo que pasaría por el alma de la Virgen.

Pero la comitiva siguió avanzando. Y después de muchos tropezones e incluso caídas de los que llevaban sudorosos sus cruces —y entre ellos iba como un vulgar facineroso Jesús—, llegaron al Calvario. La Virgen caminó también, deshecha en el dolor, en pos de su Hijo. Era el primero y el más sublime de los Viacrucis.

Ya está en el lugar de la crucifixión. Es Él. Los sayones le quitan sus vestiduras. La Virgen contemplaría aquella túnica inconsútil que con tanto cariño había tejido para su Hijo...

Unos momentos después suenan unos martillazos terribles. En un remolino instantáneo de recuerdos desfilarían ante la Virgen las escenas de Belén y de Nazaret, cuando las manecitas de su Niño le acariciaban con perfume de azucenas o le traían virutas para encender el fuego... Pero todo aquello quedaba

muy lejos. Ahora tenía ante sí la realidad brutal de los pecados de los hombres horadando aquellas sacratísimas manos, pródigas en repartir beneficios.

Unos momentos más, y la cruz —su Hijo hecho cruz— era levantada entre el cielo y la tierra. En medio del clamor confuso de la multitud, María escucharía el respirar fatigoso y jadeante de su Hijo, puesto en el mayor de los suplicios. ¡Ella que había recogido su primer aliento en el pesebre de Belén y había arrimado tantas veces su virginal rostro al corazón de su Niño Jesús, palpitante de vida!

Las tres horas que siguieron, mientras Jesús derramaba gota a gota por la salud del mundo la sangre que un día recibiera de María, fueron las más sagradas de la historia del mundo. Y, si hasta las piedras se abrieron —como señala el Evangelio— ante el dolor del Hijo y de la Madre, ¿cómo podremos nosotros, los causantes de aquella "divina catástrofe" (como dice la liturgia), permanecer indiferentes en la contemplación de este divino espectáculo? *Eia, Mater, fons amoris, me sentire vim doloris faic, ut tecum lugeam.* (¡Ea! Madre, fuente de amor, hazme sentir la fuerza de tu dolor, para que llore contigo). Así exclama el autor del *Stabat Mater*. Y es que se necesita que la gracia sobrenatural aúpe y levante el corazón humano para que pueda siquiera rastrear la intensidad de los sufrimientos de Cristo y de su Madre.

El texto sagrado nos habla de las siete palabras de Jesús en la cruz, de su sed, de las burlas de que fue objeto, de las tinieblas que cubrieron la tierra...

No es difícil sospechar cuáles serían las reacciones del alma de la Virgen ante lo que estaba ocurriendo en el Calvario. Sin duda que poco a poco se fue abriendo camino entre la multitud y logró situarse por fin al pie de la cruz. ¿Quién de aquellos sanguinarios judíos se habría atrevido a encararse con la Madre Dolorosa? A su paso, los más empedernidos perseguidores de Jesús sentirían que la fibra del amor maternal —que jamás desaparece aun en los hombres más degradados— vibraba con un sentimiento de compasión: "Es la madre del ajusticiado —dirían—; ella no tiene la culpa. ¡Hacedle paso!

Y la Virgen se fue acercando a su Hijo. Pero no era el de otras veces, el niño gracioso de Belén, el joven gallardo de Nazaret, el taumaturgo prodigioso de Cafarnaúm... ¡Era un guiñapo! (¿será irreverencia traducir así las palabras proféticas de Isaías, en las que dice que Jesús sería un gusano y no un hombre, que no tendría sino fealdad y aspecto repugnante?) Y le miraría intensamente, como identificándose con El, quedándose colgada con El de la cruz.

¿Advirtió Jesús la presencia de su Madre? Lo afirma expresamente el Evangelio: "Como viese Jesús a su Madre..." (Io. 19, 25). Como dice el padre Alameda, "había tres crucificados y tres cruces, no muy lejanas unas de otras, puesto que podían hablarse y comunicarse las víctimas. María, según nos dice San Juan, se situó junto a la cruz de Jesús, *iuxta crucem Iesu*, lo que significa "a corta distancia de ella", tal vez tocando con la misma cruz. Y si se tiene en cuenta que, según costumbre, los maderos eran bajos, de modo que los pies del crucificado tocaban casi en el suelo, la vecindad era mayor, y María tomaba las apariencias de madre desolada que asiste a la cabecera del hijo agonizante. La expresión *cum vidisset*, habiendo visto, parece insinuar como si, agobiado por el dolor y la fiebre que le causaban las heridas, nuestro adorable Salvador hubiese tenido, en algunos momentos por lo menos, cerrados los ojos. Pudo también suceder que en medio de tanta aglomeración no hubiese advertido la presencia de aquellos seres queridos. Ellos, por otra parte, aunque deseosos de que Jesús reparase que allí estaban, no es creíble le hablasen. Ni el angustioso estado de su alma, ni la asistencia de los soldados curiosos convidaban a ello".

Jesús, pues, como anota San Juan, habiendo visto a su Madre y al discípulo amado, exclamó: "Madre, ahí tienes a tu hijo". Y en seguida, dirigiéndose al discípulo: "Ahí tienes a tu Madre" (Io. 19, 26). Fueron las únicas palabras que, según narra el Evangelio, dirigió Jesús a María en su agonía. Estas palabras, en su sentido literal, se refieren sin duda a San Juan, a quien encomienda a su Madre, que iba a quedar sola en el mundo. Pero, en el sentido que los exegetas llaman *supraliteral* y *plenior* (más completo), significaban que Juan, es decir, el género humano, a quien el apóstol representaba en aquellos momentos, pasaba a ser hijo de la Santísima Virgen. Esta es la interpretación que dan los Santos Padres y escritores eclesiásticos y que la Iglesia siempre ha aceptado.

¿Quién no se sentirá conmovido ante el precioso legado de Jesús y ante esta espiritual maternidad de la Virgen extendida, por gracia de la redención, a todos los hombres?

"Mujer --exclama San Bernardo en el oficio de hoy—, he aquí a tu hijo". ¡Qué trueque tan desigual! Se te entrega a Juan por Jesús, un siervo en lugar del Señor, un discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, un mero hombre en lugar del Dios verdadero". Somos, en realidad, nosotros, los verdugos de Jesús, los que fuimos dados a María como hijos. ¿Cómo no trataremos de asemejarnos a Jesús para agradecerle esta magnífica filiación con la que nos regala?

Pero la tragedia del Gólgota se iba aproximando hacia su acto final. Jesús era ya casi un cadáver, Sus ojos estaban mortecinos; sus labios, resecos; su rostro, lívido y cetrino; y todo su cuerpo, rígido como el de un moribundo. María contemplaba a su Hijo en los últimos estertores de su agonía. Nada podía hacer frente a aquel estado de cosas al cual había conducido el amor de Jesús hacia los hombres,

¿Para qué hacer comentarios sobre el dolor de la Virgen en estos supremos momentos de la Pasión? ¿No es mejor que el corazón intuya y que se derrita en lágrimas de devoción?

Jesús —dice el Evangelio— dando una gran voz, exclamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". E inclinando su cabeza expiro".

María, que había dado el "sí" a la encarnación, que al pie de la cruz aceptó el ser nuestra Corredentora, se unió a la entrega de su Hijo y le ofreció al Padre como la única Hostia propiciatoria por nuestros pecados.

Dejamos a la iniciativa piadosa del lector contemplar a la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos, como la primera Dolorosa, mucho más bella y expresiva en su casi infinito dolor que todas las tallas que adornan nuestras procesiones de Semana Santa. Pero, ¿por qué no cotejar esta imagen tremenda de la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos —mucho más bella que cualquier *Pietà* de Míquel Angel— con aquella otra, tan dulce, de la Virgen —una doncellita— con su hermosísimo Niño apretado junto a su corazón? Sólo así podremos darnos cuenta de la horrible transmutación que en el mundo causan nuestros pecados.

Finalmente, la Virgen presidió el sepelio de Jesús. Una blanca sábana envolvía aquel cadáver que Ella había cubierto de besos y de lágrimas. Pronto la pesada losa del sepulcro se interpuso entre Madre e Hijo. Y la Madre se sintió sola, con una soledad terrible, comparable a la que momentos antes había sentido Jesús al exclamar en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Es cierto que la Virgen creía firmísimamente en la resurrección de su Hijo; pero esta creencia, como observa San Bernardo, en nada se opone a los sufrimientos agudísimos ante la pasión de su Hijo; lo mismo que Éste pudo sufrir y sufrió, aun sabiendo que había de resucitar.

Que la Virgen Dolorosa nos infunda horror al pecado y marque nuestras almas con el imborrable sello del amor. El Amor, he ahí el secreto de la íntima tragedia que acabamos de contemplar.

Porque todo tiene su origen en aquello, que tan profundamente se grabó a San Juan, espectador excepcional de todo este drama: "De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito" (Io. 3, 16).

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

El canto de Granada está impregnado de aires serios y tristes. Su psicología peculiar es honda y reflexiva. Y así tenía que ser esta Granada cristiana, que nace, vive y muere contemplando su Virgen de las Angustias, esa imagen vetusta, bella y profunda, que llora la muerte del Hombre-Dios. El hondo sentido teológico de estas lágrimas lo ha expresado el pueblo en dos sentidos versos:

Lágrimas que a tu Hijo lloran y que consuelan mi alma.

La actual representación de la Virgen de las Angustias con su dinamismo de dolor maternal redentor, con sus joyas y sus mantos de Reina, es obra de siglos. A nosotros ha llegado con la madurez de las cosas logradas, con el equilibrio clásico de lo perfecto y sobrio. Nada le falta y nada le sobra para el misterio que representa y para la devoción que debe inspirar. La Virgen está de pie sobre un trono real de plata, que cobija el estandarte también real de la santa cruz. A sus pies tiene, como escabel, la luna en arco muy abierto. Delante, ante su mirada tristemente contemplativa y tranquila, está el cuerpo muerto del Hijo, que cubre con su manto y sólo deja ver la parte alta del pecho y la cabeza caída por el lado derecho.

De la antigua talla de la Virgen no se ve ahora más que el rostro enmarcado por unos encajes finísimos en forma de toca monjil. Un gran manto de Reina y Madre cuelga desde la cabeza por los laterales y las espaldas. Todo el cuello está cerrado y el pecho se cubre con un peto riquísimo de múltiples y variadas joyas. Sobre la cabeza, como sujetando el manto, se alza la gran corona de Reina. Los brazos quedan Ocultos, pero las manos asoman por delante un poco implorando compasión y en ademán de buscar la reliquia sacrosanta del Divino Hijo. La copla del himno oficial canta:

Hay una Madre de amores que adora Granada entera:

La Virgen de las Angustias, la que vive en la Carrera.

Efectivamente, la Virgen de las Angustias tiene su casa de Granada en la Carrera del Genil, río que baja de Sierra Nevada, limpio como el agua de la nieve y corre muy cerca, a la derecha de la Virgen. Por detrás pasa también muy cercano el río Darro, con sus granitos de oro. Las aguas de estos dos ríos históricos se juntan aquí, muy cerca del trono de la Virgen, como queriendo simbolizar el latido vital cristiano de los hijos de Granada. Un cronista del siglo XVIII nos pinta a la ciudad volcada en "excesos de amor reverencial hacia su Reina y Señora, la Virgen de las Angustias. Día y noche está presente "en aquel divino asilo" de su templo, con ininterrumpido concurso de hombres y mujeres, que, postrados pecho por tierra, entran de rodillas desde la calle, los más descalzos, hasta las gradas del presbiterio. Las visitas "a la Virgen" tienen aire de peregrinación diaria en nuestros días. Muchos entran por rezar; otros se quedan en la calle; todos se santiguan o se descubren. La salida o la entrada de la Virgen en su templo es siempre un espectáculo de masa y de gloria. Por las espaciosas puertas de la basílica, enmarcada en los esplendores de una noche oriental, envuelta en una ráfaga policroma de luces que chispean en la pedrería de su peto y su corona, entre la algarabía musical de las bandas, los estampidos de los fuegos, el volteo de las campanas y los vivas de la muchedumbre enardecida y creyente, entra la Reina de Granada en su palacio, de espaldas a la iglesia y con los ojos de Madre misericordiosa vueltos hacia los millares y millares que se quedan huérfanos en la calle, porque no caben dentro, todos con un mismo y profundo suspiro de oración, que arde, como incienso, en el fervor del alma y sube al cielo, cuajado en esta sentida copla:

¡Oh Virgen de las Angustias, que abrazas muerto a Jesús!

Feliz quien tuviera el alma donde a Cristo tienes tú.

La devoción de Granada a la Virgen de las Angustias se remonta a los días mismos de la Reconquista, como legado espiritual precioso de la gran Reina Católica. Isabel había nacido en Madrigal. Su padre, Juan II de Castilla, murió cuando ella contaba tres años. Su madre, Isabel de Portugal, y segunda esposa de Don Juan,

se tuvo que retirar, a la muerte del rey, al palacio de Arévalo. Aquí estuvo Isabel hasta los doce años. Esta estancia fue providencial para la formación espiritual de la Reina Católica y para la historia mariana de Granada. En Arevalo se profesaba una devoción tiernísima a la Virgen de las Angustias. En el siglo XIII, los trinitarios habían construido allí un magnífico templo, que fue pronto el centro de la piedad de Arévalo. Una de sus capillas estaba dedicada a la Virgen de las Angustias. Juan II de Castilla, que construyó su palacio en Arévalo, oró más de una vez ante aquella imagen de la Virgen. Luego fue su hija, la futura Isabel la Católica, la que se postraba con su madre, Isabel de Portugal, ante el altar de la Virgen de las Angustias. Cuando, a los doce años, la reclamó su hermano Don Enrique, Isabel se marchó de Arévalo con el corazón partido, porque dejaba allí lo que más amaba en la tierra: a la Virgen de las Angustias y a su madre. Más tarde, cuando se acerque a Avila, no dejará de visitar la ciudad de Arévalo para orar ante la Virgen y consolar, como buena hija, a su madre, Isabel de Portugal. La Virgen de las Angustias de Arévalo fue coronada canónicamente el 26 de junio de 1955 y guarda un gran parecido con el primer cuadro que se veneró en la Ciudad de los Cármenes. Su corazón está atravesado por siete espadas y delante de ella yace exánime el cuerpo muerto de su Divino Hijo. Isabel la Católica llevó en su corazón esta imagen, que tantas veces había contemplado de niña, y hasta hizo pintar algunas tablas, una de las cuales fue la que primero se veneró en Granada. No es preciso apelar a una salvación milagrosa de la Reina en el pueblecito de la Zubia para explicar por que Isabel puso a Granada bajo la protección de la Virgen de las Angustias. Basta la tierna devoción que ella sentía por este misterio.

Los reyes habían establecido su cuartel general en la ciudad de Santa Fe. El viernes 2 de enero de 1492 salieron de allí con dirección a Granada, siguiendo el cauce del Genil. El rey don Fernando llegó hasta el puente más cercano a Granada, junto a la actual ermita de San Sebastián, entonces mezquita. La reina se quedó en Armilla. Boabdil hizo acto de homenaje primero al rey y luego a la reina. Luego continuó con dirección de la Alpujarra. Mientras se tremolaba en la Alhambra el estandarte real y el de Santiago, se entonó el *Te Deum* y el ejército se arrodilló junto al río Genil. El príncipe don Juan besó las manos de sus padres, como reyes de Granada, Y luego subieron a la Alhambra por la peña tajada de los Mártires y recibieron allí las llaves. Aquel mismo día se volvieron a Santa Fe, siguiendo el camino de Gómez y Puerta Elvira. El lunes 5 de enero volvieron los reyes a Granada para oír en ella su primera misa. Fue un día de luz y alegría. "Enero se había disfrazado con capa de mayo." Fray Hernando de Talavera, obispo de Avila, bendijo la mezquita Taybin o de los convertidos, hoy iglesia de San Juan de los Reyes, y en ella se celebró la misa, ante un cuadro de la Virgen de las Angustias, donación de la reina y que todavía se conserva en dicha iglesia. Se trata de una pintura en sarga del siglo XV. La Virgen está de pie con su Divino Hijo, muerto, en el regazo. Detrás están los dos santos Juanes, Bautista y Evangelista, como recuerdo de Juan II de Aragón y Juan II de Castilla, padres ambos de los Reyes Católicos. Delante, junto a la cabeza y a los pies de Cristo muerto, se ven de rodillas a los propios reyes, don Fernando y doña Isabel.

No fue este primer templo de Granada el escogido por la Virgen de las Angustias para iglesia suya. El lugar escogido por Ella estaba muy cerca del río Genil y del puente donde los reyes y su ejército habían entonado el *Te Deum* el día de la toma. Aquí se empezó a venerar, muy pronto también, una segunda tabla de la Virgen Dolorosa, probablemente regalo de los mismos Reyes Católicos, que es, a lo que parece, la que se venera en la vecina iglesia de los padres escolapios. No consta con certeza si la tabla se colocó primero en la puerta vecina de la muralla, en una tribuna, como hablan las crónicas antiguas. Es cierto que en aquellos primeros años se veneró en una ermita, extramuros de la ciudad y junto al río Genil. En 1501 es mencionada esta ermita como ayuda de la parroquia de San Matías. En 1545 se aprueban las primeras constituciones de la "Cofradía de las Angustias y Transfixión de Nuestra Señora y de Santa Susana y de Santa Ursula". La ermita era pequeña y hubo que edificar a su lado otra iglesia el año 1570, que pasó a depender de la nueva parroquia de Santa María Magdalena. En 1609 fue elevada a parroquia independiente. El concurso de fieles crecía cada día más. Se impusieron nuevas ampliaciones el 1626 hasta que se construyó la actual basílica el año 1668. Sus torres son del siglo XVIII. La escultura de mármol que hay en su fachada, de la Virgen de las Angustias, es de Mora y se hizo el 1665-66. Se puso fuera para facilitar el culto en las horas en que la iglesia estaba cerrada. El interior de la iglesia es de una sola nave, con capillas laterales y el crucero, que cubre una bóveda de orden toscano. En el altar mayor, todo él de mármol con finas incrustaciones y mucha talla y escultura, un arco central se abre hacia el camarín, magnífica obra de tipo churriguera granadino, para dejar ver a la imagen de la Virgen en su trono, bajo una cúpula, que sostienen cuatro columnas salomónicas, de mármol negro. Las pinturas sobre temas de la Pasión son del siglo XVIII y tuvieron que ser reparadas después del incendio del año 1918. Pío XI elevó a basílica menor esta iglesia el 30 de noviembre de 1922.

El alma de este templo es la imagen de la Virgen de las Angustias. En la tabla primera, que se veneró a los principios, la Virgen estaba de rodillas y con las manos cruzadas sobre el pecho, que atravesaban siete puñales. La célebre Dolorosa, que José de Mora hizo el 1671, se debió inspirar en ella. Para las procesiones se hacía necesaria una escultura y la Hermandad se hizo pronto con una mediana "dispuesta a semejanza de la tabla original". Esta imagen no debía satisfacer a muchos. Parece que se encargó una mayor y más devota en Toledo, que fue traída a Granada con gran secreto y misterio, sin duda para favorecer su culto y prevenir dificultades. En las crónicas del siglo XVII es corriente hablar de la aparición milagrosa de la imagen, Existen varias versiones de cómo llegó a Granada la imagen. Prueba de su inconsistencia histórica. La más ordinaria nos habla de dos varones, que serían ángeles, los cuales la entregaron a los cofrades en su primitiva ermita. Una sana crítica no encuentra fundamento histórico para este milagro. Lo importante es que la imagen actual es devotísima en todo su conjunto y remonta a principios de la segunda mitad del siglo XVI. Su forma primitiva era una Soledad, tallada de pie y con los brazos pegados al cuerpo, las manos cruzadas y extendidas sobre el pecho, con túnica también tallada, de color azul y sin manto. Después se añadió el Cristo yacente sobre una mesa-altar, se puso detrás el estandarte de la cruz y se cubrió toda la talla con el manto. El alba o túnica blanca que hay debajo del manto es de fines del siglo XVI. Para colocarle en el pecho una cruz con piedras preciosas fue preciso separar del cuerpo los brazos y las manos, como hoy se encuentra. Esto lo hizo en 1718 el célebre artista Duque Cornejo.

Un cronista del siglo XVIII llama a la Virgen de las Angustias "refugio de todas las aflicciones". Así la contempla siempre el pueblo. Como su Reina, su Madre y "su Patrona". Su templo es la casa de todos y "su manto" el cobijo de todos los que lloran y anhelan. La historia de los mantos de la Virgen arranca del mismo siglo XVI y es gloriosísima. En ellos ha visto siempre el pueblo el símbolo tangible de su poder y de su eficaz protección sobre Granada. De todos los mantos que se conservan en las arcas de la basílica, merece especial atención el que regaló la duquesa viuda del Infantado el año 1758, de terciopelo negro bordado en oro. En 1794 regaló otro don Antonio de la Plaza, obispo de Cádiz, también de terciopelo negro, bordado en oro y guarnecido de perlas. El de Isabel II data de 1856. Es de terciopelo negro con bordados, randas y flecos de oro. El manto "del pueblo" es riquísimo. Contribuyeron aun los más pobres, pues se recogieron en los cepillos hasta monedas de uno y de dos céntimos. Es el manto que lleva en sus salidas procesionales y el que vistió el día de su solemne coronación. También es de terciopelo negro, con bordados de oro, grandes ramos de flores con mucho relieve, granadas en la orla, yugos y flechas, insignias de los Reyes Católicos. Más reciente es el manto "de la Hermandad", que suele ponerse durante el novenario y en la Semana Santa. En 1929 se hizo uno con la primera seda que se obtuvo en los campos de Granada. Por fin, el año 1940 estrenó la Virgen el manto "de los Alféreces", que lleva la estrella y el nombre de los alféreces granadinos muertos en la guerra de Liberación. Costó 50.000 pesetas. Los mantos son la expresión viva del patronato de la Virgen vivido y sentido por Granada a través de toda su historia. El patronato canónico se obtuvo en Roma el 1889, siendo arzobispo don José Moreno Mazón. Entonces se trasladaron del Viernes Santo y de la Cuaresma al mes de septiembre la fiesta y la procesión con el novenario solemne. La coronación canónica tuvo lugar el 20 de septiembre del año 1913, bajo el pontificado de don José Meseguer y Costa. La corona, de estilo renacimiento español, es de oro, con un total de más de 6.000 piedras preciosas. Como la devoción y la protección de la Virgen se extendía de hecho a toda la archidiócesis de Granada, el arzobispo don Balbino Sanatos pidió y obtuvo de Pío XII la ampliación de su patronato canónico. Esto sucedió el año 1948. Con este motivo se inauguró un himno oficial con música de Luis Urteaga y letra del presbítero don José Fernández Crespo. Los inspirados autores lograron una auténtica plegaria popular, que responde al sentimiento y devoción de Granada.

Oh Virgen de las Angustias, Reina y Madre de Granada, que es, a tus plantas postrada, hoguera de fe y de amor.

En la vida y en la muerte protégenos con tu manto, y nos consiga tu llanto el amparo del Señor.

JUAN LEAL, S. I.